

- sacramentados, me guiño muy soltero, y ellos quedan casados y arrepentidos.
- SERAFINA. Amigo, reñiros quiero que hagáis esta narración, que implican contradicción verdad y casamentero.
- RAFAELA. Serafina, aunque te admira que te hable con claridad, á vueltas de la verdad se introduce la mentira. ¿No echas de ver que esta es treta del juego, señora? Dícete verdad agora para mentirte después.
- SERAFINA. Dices bien; mas como sé que mentirme sólo quieres, cuando la verdad dijeres tampoco la creeré.
- GIBAJA. Casarte sin trampa intento, y hemos de ir otros los dos.
- SERAFINA. Mi abuelo (que tenga Dios) dejó por su testamento un mayorazgo fundado, que heredó con mejor suerte mi padre, y yo, por su muerte, como mayor le heredado; que no se reparta y venda entre otras hijas mandó, y no puedo serlo yo por no ser libre mi hacienda, y la he de dejar perder por no casarme.
- GIBAJA. Eso es dar sólo en quererse casar.
- RAFAELA. ¿Con quién?
- GIBAJA. Con su parecer.
- SERAFINA. ¿Tú no has de casarte?
- GIBAJA. Sí.
- SERAFINA. ¿Hombre ha de ser?

- RAFAELA. No le nombre.
- SERAFINA. ¿Adónde hallaré yo un hombre que parezca así, así? No hallo uno que bueno sea; todos me parecen mal; ¡oh fuego en todos!
- RAFAELA. Igual los quiere doña Matea, tu hermana.
- SERAFINA. Los viles modos de sus traiciones ignora.
- GIBAJA. Pues dime, ¿qué hace, señora?
- RAFAELA. No hace más de que hace á todos.
- GIBAJA. Para que contenta estés, te daré muy afamado un excelente letrado.
- SERAFINA. ¿Muy espeso?
- GIBAJA. Un sí es no es.
- SERAFINA. Á poca paz me convida si con él me he de casar hombre con quien he de andar en pleitos toda la vida.
- GIBAJA. Un peinado me promete mil doblas si le queréis.
- SERAFINA. Gibaja, no le toquéis, que se le ajará el copete.
- GIBAJA. Que no he de hallar, averiguo, novio que haga la razón.
- SERAFINA. ¡No topara yo un hombrón de aquellos del tiempo antiguo! Un hombrón extraordinario.
- GIBAJA. ¿De qué manera me has dicho?
- SERAFINA. Quiero un hombre de capricho y no del uso ordinario.
- GIBAJA. Aquel de Toledo es bueno; pero con la edad tiene cierta enfermedad. ¡Ah! ¿queréis un montañés, que es excelente figura?
- SERAFINA. ¿Queréis otro, aunque algo viejo,

natural de Jaraizejo,
un lugar de Extremadura?
El regidor de la Mora
es mejor, si rico fuera;
así, á aquel de Talavera
le tengo de hablar ahora,
que es el modo y traza toda
á vuestro capricho igual;
hombres son, que cada cual
os viene á pedir de boda,
y por si alguno os agrada
haré que á servir empiecen.

SERAFINA. Todos cuatro me parecen
sujetos de carcajada:
traeldos.

GIBAJA. Por ellos iré.
Pero decidme, señora,
¿para atraerlos agora
á esta casa, qué diré?

SERAFINA. Que es para tomar estado;
mas la risa se asegura,
de ver entrar un figura
de novio muy espetado,
que á todo se contradice
cuanto me quiere fingir,
intentando no decir
los disparates que dice;
que va de sí muy pagado
cuando en la calle se ve,
sólo de que le miré
tres veces de medio lado.
Vengan, que á tiempo oportuno
vendrán si vienen ahora.

GIBAJA. ¿Cómo los traeré, señora?

SERAFINA. Todos juntos, y uno á uno.

GIBAJA. Antes que esta ocasión pase,
¿cómo dárseme no intenta
una alhaja á buena cuenta?

SERAFINA. Gibaja, cuando me case.

GIBAJA. Advertid, que dar no es

dar promesas semejantes:
la que no florece antes
nunca dá fruto después;
mas si un novio os persuade,
que os he de vencer espero.
Daros cien doblones quiero
por un hombre que me agrade.
Como esa promesa lleve
no pienso que irá contento.
¿No tomaré por los ciento?...
¿Cuánto?

SERAFINA. Los noventa y nueve.

RAFAELA. Yo soy firme.

GIBAJA. Como todas;
y eso el tiempo lo dirá.

SERAFINA. Idos, que me cansáis ya,
perrito de todas bodas.

GIBAJA. Por esos desaires paso,
Serafina; mas por Dios
que me he de vengar de vos.
¿De qué manera?

SERAFINA. Si os caso. (Vase.)

GIBAJA. Aunque como Adonis sea,
ninguno me satisface.
Doña Matea ¿qué hace?

SERAFINA. Sale DONA MATEA.

D.^a MATEA. Aquí está doña Matea.

SERAFINA. ¿Era hora de levantarte,
señora hermana?

D.^a MATEA. ¿Ya empieza
vuesa merced á reñirme?

SERAFINA. Son ya las diez.

D.^a MATEA. Cuando sean;
¿también como los vestidos
me cuenta las horas?

SERAFINA. Tenga
la muy... mucha cortesía.

D.^a MATEA. ¿La qué?

SERAFINA. La muy escudera.

D.^a MATEA. En nada soy yo segunda

- como en lo roto.
- SERAFINA. ¿Que quiera una nacida después hablar como una primera? Yo os entraré en un convento.
- D.^a MATEA. ¿Qué religión más estrecha que su casa?
- SERAFINA. Y religión, en que vos sois una lega.
- D.^a MATEA. Vuésarced es la entendida.
- SERAFINA. Y vos lo parecéis.
- D.^a MATEA. Esa fué una palabra mayor dicha en mi cara.
- SERAFINA. Y que sea ; ¿qué?
- D.^a MATEA. Que no es vuesarced tan hermosa como piensa : si no fuera un poco vana, ¿qué valía?
- SERAFINA. ¿Que se atreva á manchar esta blancura?
- D.^a MATEA. Es verdad, ¿quién se lo niega? pero advierta que las blancas se usan, porque son monedas.
- SERAFINA. ¿Pero cuándo se ha de usar lo feo?
- D.^a MATEA. ¿Uced no pondera que no tengo gracia?
- SERAFINA. Sí.
- D.^a MATEA. ¿Pues cómo puedo ser fea?
- SERAFINA. Como ninguno la quiere, aunque de todos se prenda
- D.^a MATEA. Por ahí también soy hermosa, por desdichada en finezas.
- SERAFINA. ¡Ay, que quiere ser también, como una persona mesma infeliz!
- D.^a MATEA. ¿Si ella es mi hermana, no quiere que infeliz sea?

- SERAFINA. La de todos, no responda.
- D.^a MATEA. La de nadie, déjeme ella.
- SERAFINA. ¿Todos los hombres no dice que le agradan?
- D.^a MATEA. ¿Quién lo niega?
- Cada uno por algo es bueno ; yo los quiero desde afuera por inclinación, y hasta ahora no ha habido quien me merezca.
- SERAFINA. Esa es gran falta.
- D.^a MATEA. Señora, ¿no hay algunas que se afeitan? ¿Otras no hay que hablan fruncido? ¿Otras no hacen reverencias de saltillo? ¿No hay algunas que hablan culto? ¿No hay doncellas que la noche de San Juan escuchan lo que es vergüenza? ¿Hago yo estas candideces? ¿Incurro yo en falta dellás? Querer á hombres es falta de mujeres. Que yo tenga, adonde hay otras con tantas, una, es algo llevadera. Ser inclinada á los hombres ni es liviandad ni flaqueza ; este es un buen natural, y aunque algunos riesgos tenga de pesarle á una mujer que no la estimen ni quieran, aunque pesa el desdén tanto, vale el amor lo que pesa.
- SERAFINA. ¿Negarásme que los hombres son traidores?
- D.^a MATEA. Que lo sean, que no han de ser mis vasallos.
- SERAFINA. ¿Que son falsos?
- D.^a MATEA. Malos fueran, si á los hombres que estimara los quisiera por moneda.

SERAFINA. ¿Y que no tienen palabra?

D.^a MATEA. ¡Ay, hermana, así tuvieran las obras!

SERAFINA. ¿Podrás negarme, hermana, que en cuánto intentan son todos los hombres dobles?

D.^a MATEA. Así durarán por peñas.

SERAFINA. ¿Negarásme...

D.^a MATEA. ¿Negarásme que nos buscan, nos requiebran, que se arriesgan al desaire y que á la muerte se arriesgan?

¿Por algún hombre habrá muerto mujer alguna en pendencias?

¿Cuántos por ellas murieron?

Sus honras, vidas y haciendas, todas son de las mujeres.

SERAFINA. Y todas son de cualquiera.

D.^a MATEA. Yo los quiero por la parte que me toca, que obedezca mi planeta me permite; benévolo es el planeta que á los hombres me ha inclinado; benévola fué la estrella cuyos influjos en mí me fuerzan.

SERAFINA. Callad, Matea, que un convento ha de quitaros toda esa benevolencia.

D.^a MATEA. Yo me he de casar, señora.

SERAFINA. ¿Con qué dote? ¿Habrá quién quiera la nobleza por ajuar?

¿Pensáis con vuestra belleza casaros? ¿Ó es que esperáis la ventura de...

D.^a MATEA. La fea es sólo la presumida, la hermosa es la que no piensa.

SERAFINA. Hola, llevadme esta hermana al segundo estrado.

D.^a MATEA. Hoy fuera tan hermosa como tú.

SERAFINA. ¿Cómo?

D.^a MATEA. Si fuera primera. (Vanse.)

Salen GIBAJA y RAFAELA.

GIBAJA. ¿No puedo ahora entrar?

RAFAELA. Espera, y á mi ama avisaré; Gibaja, ¿qué la diré?

GIBAJA. Dila que salga acá fuera.

RAFAELA. Famosa tarde ha de ser. ¿Los novios?

GIBAJA. Tú los verás.

RAFAELA. ¿Cuántos son?

GIBAJA. No traigo más de cuatro para escoger.

RAFAELA. ¿Cuatro? pues voy á decillo.

GIBAJA. Dila tú que estoy aquí.

RAFAELA. ¿Así no habrá para mí un novio del baratillo?

GIBAJA. ¿Eres algo honesta?

RAFAELA. Poco.

GIBAJA. ¿Eres hacendosa?

RAFAELA. ¿Yo?

GIBAJA. ¿Eres bien nacida?

RAFAELA. No.

GIBAJA. ¿Tienes dinero?

RAFAELA. Tampoco.

GIBAJA. ¿Limpia?

RAFAELA. Con sólo un vestido.

GIBAJA. ¿Doncella podré decir?

RAFAELA. Ya eso es mucho pedir.

GIBAJA. No te faltará marido.

RAFAELA. Di, ¿cómo?

GIBAJA. De buena masa.

RAFAELA. ¿Quieres más?

GIBAJA. Si puede ser, que tenga mucho qué hacer, y todo fuera de casa.

GIBAJA. Rafaela, como ahora

anda la malicia lista,
todos son novios de vista.

Salen DOÑA MATEA y SERAFINA.

SERAFINA. ¿Es Gibaja?

RAFAELA. Sí, señora.

D.^a MATEA. Ver estos novios espero.

SERAFINA. ¿Viene esa cuadrilla toda
de novios?

GIBAJA. Como á una boda.

SERAFINA. Pues entren.

GIBAJA. Oye primero.

El que á visitarte agora
entra, el primer pretensor,
sabe que es un regidor
de la ciudad de Zamora,
que en el semblante y el modo
extraño de su opinión,
le verás la condición.

SERAFINA. ¿Qué hace?

GIBAJA. Se pudre de todo

SERAFINA. Será muy entretenido.
Verle y hablarle quisiera.

GIBAJA. En esa antesala espera.

SERAFINA. Venga ese tonto podrido.

GIBAJA. Lo podrido en el color
de la cara se le ve.

SERAFINA. Llámale, acaba.

GIBAJA. Sí haré.

¡Señor don Marcos!

Sale DON MARCOS.

DON MARCOS. ¡Señor!

RAFAELA. ¡Jesús, qué hombre!

GIBAJA. La gran doña

Serafina es la que veis.

DON MARCOS. ¿Y es bien hecho que se llame
una entendida mujer
Serafina? Busque nombre
que en la Letanía esté,
confírmese Serafina,
que yo no he de hablar ni ver

á quien por el nombre extraño
la conozcan en Argel.

SERAFINA. Confirmaréme por vos.

DON MARCOS. Eso sí, confírmese.

SERAFINA. Una silla al seor don Marcos.

(Van á llegarle la silla.)

DON MARCOS. Esperad, no la lleguéis.

SERAFINA. Pues ¿por qué no queréis silla?

DON MARCOS. Linda pregunta: porque
primero que me la arrastren,
y primero que os ponéis
en el estrado, y primero
que estamos ¿cuál ha de ser
el que antes ha de sentarse?
Primero que os componéis
las faldas, y yo me aplano,
pongo la espada al revés,
podrá otro hacer, muy cumplidas,
cuatro visitas ó seis.

Úsese, cuerpo de Cristo,
cuando no sea menester,
que el que no quiere sentado
haga su visita en pié.

SERAFINA. No os sentéis.

DON MARCOS. Así lo hago.

SERAFINA. ¿Cómo estáis?

DON MARCOS. Otra vejez.

Que vean á uno sano y bueno
y gordo, y aunque le ven
colorado, le pregunten:
— ¿Cómo está vuestra merced? —
y que le pregunte el otro:
— ¿Y usted cómo está? — Después
hasta preguntarse luégo
por sus hijos y mujer.
Majadero, no preguntes
lo que no quieres saber,
que si es cortesano uso,
es prolijidad cortés.

SERAFINA. No os he topado la nuca

de la lisonja.
 DON MARCOS. Tal vez
 hallo alguna que me agrade.
 SERAFINA. ¿No soy vuestra?
 DON MARCOS. No podéis;
 yo soy claro, perdonad.
 SERAFINA. Pues ¿no me diréis por qué?
 ¿Qué os desagrada de mí?
 DON MARCOS. Toda vos.
 SERAFINA. Grosero es.
 DON MARCOS. Señora mía, no quiero
 yo para propia mujer
 una mujer muy hermosa;
 porque siempre pensaré
 que aunque ella mirar no quiera,
 habrá quien la quiera ver.
 El matrimonio se toma
 para el descanso, no es
 para cuidado; yo quiero
 traer para mi traer
 mujer de casa, ni fea
 de manera que yo esté
 solicitando vecinas,
 ni hermosa tanto, que dén
 en mirarla mis vecinos;
 porque mi propia ha de ser
 para el gusto algo que fea,
 también hermosa algo qué,
 que yo solamente busco
 mujer para mi mujer.
 SERAFINA. ¿Luego yo soy muy hermosa?
 DON MARCOS. Ya os entiendo; agora queréis
 que os alabe, y yo no alabo
 lo que yo no he menester.
 Guárdeos el cielo.
 SERAFINA. Esperad.
 ¡Ha, don Marcos!
 GIBAJA. Ya se fué.
 D.^a MATEA. Este hombre me viene á mí
 cortado.

(Vase.)

RAFAELA. Pruébatele.
 SERAFINA. ¿Hay tal modo de pudrirse?
 RAFAELA. No ví tal.
 SERAFINA. Pudriérame
 con sólo oírle: los hombres
 muy joviales han de ser,
 y han de ser poco podridos.
 GIBAJA. Oyes, yo te traeré
 un contrario dese.
 SERAFINA. ¿Cómo?
 GIBAJA. En el zaguán le dejé
 de aquella casa: es un hombre
 que de cuanto escucha y ve
 se le da otro tanto, como
 á ti se te ha de dar dél:
 ni de la hambre se aflige,
 ni le fatiga la sed,
 y es para él todo uno
 el tener y no tener.
 No agradece á la fortuna
 lo que le sucede bien,
 pero ni della tampoco
 se queja aunque no le dé.
 SERAFINA. Será un Demócrito éste,
 si fué un Heráclito aquél.
 Llámele.
 GIBAJA. Por la ventana
 una seña le he de hacer.
 Ya sube.
 SERAFINA. ¿Es el extremeño
 aqueste hombre?
 GIBAJA. El mismo es.
 SERAFINA. ¿De dónde es?
 GIBAJA. De Jaraicejo.
 RAFAELA. ¿Hidalgo?
 GIBAJA. ¿No lo ha de ser?
 SERAFINA. ¿Puntual?
 GIBAJA. Es extremeño.
 RAFAELA. ¿Y no es chorizo?
 GIBAJA. También.